

---

## AGITACIONES SOCIALES.

---

Deteneos ante cualquiera de las grandes agitaciones políticas que hoy se encrespan tumultuosamente en el seno de Europa. Tomad la más aguda, la agitación de los socialistas alemanes por el trabajo, la agitación de los colonos irlandeses por la propiedad, la agitación de los nobles bohemios por la autonomía, la agitación de los epiritas helénicos por la patria. Pues ninguna de estas agitaciones, aunque grandes y revolucionarias bajo cierto aspecto, ninguna puede tomar la bárbara grandeza que toma la agitación de Rusia. Toda tentativa de asesinato á un monarca resulta individual y aislada en Europa. Esas máquinas, esas minas, esos barriles de pólvora, esos quintales de dinamita, esos estallidos de palacios inmensos y de líneas férreas, todo eso es propio, exclusivamente propio, de las naciones tiranizadas en el grado que lo está Rusia, nacion falta de concien-

cia, porque ha apagado esa luz divina en los hierros de su servidumbre. Lo mismo, exactamente lo mismo, sucede en Turquía. Un Sultán ha muerto como pudiera morir un perro, ayer mismo. Su sucesor ha desaparecido, como si en vez de ser una persona fuera un misterio. Y ahora mismo se dice que acaba de descubrirse una máquina infernal, destinada á hacer saltar la vivienda poética que ocupa en las orillas del Bósforo de Tracia la cuasi divina personalidad del Sultán de Constantinopla. Desengaños: el despotismo engendra siempre una catástrofe. La Comunidad de París debe imputarse, no á la República que nace, sino al Imperio que muere y deja, tras veinte años de tiranías, ese legado de horrores. Los Sardanápalos y los Baltasares envían sus vasallos á la guerra para que les traigan, como reses muertas, pueblos esclavos al palacio imperial, especie de santuario donde fulminan relámpagos de su centro y rayos de su espada, y donde viven circuidos de cuarteles que guardan su sueño, y de serrallos que fomentan sus locuras; entregados al culto de sí mismos y á la opresión de los demás; condenados fatal y necesariamente al crimen, que ejercitan para sostener una autoridad, imposible sin el crimen mismo, hasta que un día el cielo, á primera vista indiferente y tranquilo, se nubla, el huracán se despierta, los ángeles exterminadores se

bajan del Empíreo, los esclavos hambrientos suben de la ergástula, y el Emperador muere en su lecho de púrpura, acribillado de heridas, y el imperio se disipa en tempestuosas nubes de rojizo humo. En las páginas de la Biblia encontraréis, descrita por los profetas antiguos, la suerte de todos estos babilónicos imperios. Los conjurados feroces de Rusia, únicos en su especie, brotan como lógica consecuencia de la autocracia rusa, única en su especie también.

La doctrina nihilista es rusa también, es esencialmente tártara, fruto venenoso de la estepa. El Czar se parece á Timur como una gota de agua se parece á otra gota de agua, y el decantado municipio moscovita se parece á la horda mongólica como un huevo á otro huevo. Reunidos todos los guerreros en tribus, gozaban á una de la tierra en común y servían fielmente á su jefe, elevado á verdadera omnipotencia. Hé ahí la Rusia actual con bien escasas modificaciones. Pedro I imaginó que con afeitar á sus nobles, poner en pié de guerra un ejército, construir en los arsenales una escuadra y rehacer los trajes, fundaba una civilización europea sobre esta barbarie asiática. ¡Inútil empeño! Ni siquiera la benéfica emancipación de Alejandro ha servido á la cultura pública. El siervo emancipado continúa hundido en la vida animal como ántes de su emancipación.

Así el mundo moscovita se asemeja de todo en todo á los reinos visigodos, fundados sobre las ruinas del Imperio romano, con su córte bizantina en las eminencias de la sociedad, y su barbarie germánica en la base. Dos ciudades representan los polos de esta sociedad: Petersburgo, esencialmente europea, llena de una burocracia y de una policía, que quieren el progreso por impulso de arriba, y de una clase media socialista, que quiere el progreso por la revolución de abajo; y Moscú, verdadero panteón, de aspecto oriental por sus cúpulas doradas y sus templos monstruosos, salón de cortesanos arruinados, academia de doctrinas panslavistas, museo de tradiciones arqueológicas, ventisquero donde se aglomeran todos los témpanos de hielo que amenazan la libertad y la cultura de Occidente, sometida como un esclavo á la fortaleza del Kremlin, sobre cuyas cimas anda errante la sombra de Ivan el Terrible para llamar á los ortodoxos á las conquistas y á las matanzas. Yo he visto los dos extremos de esa sociedad rusa; he visto al Czar Alejandro, blanco, rubio, erguido, apuesto como un aristócrata sajón; revelando en su tez, y en sus pómulos, y en sus ojos, que podía llamarse romano por necesidades de la política, pero que tiene tan sólo sangre germánica en sus venas; extendiendo por todas partes, á pesar de su poder y de su majestad,

la tristeza aneja al reinar sobre un pueblo que ya no puede sufrir más tiempo el despotismo, y que no ha adquirido ninguna de las virtudes necesarias para la libertad; y he visto también al nihilista Bakounine, que parecía reunir en su persona todos los rasgos de las razas esparcidas en su patria, solemne como un patriarca asiático, de aspecto guerrero como un czar á caballo, de pómulos eslavos por lo salientes, de ojos tártaros por lo pequeños, de movilidad cosaca, de cabello anillado y barba crespa como un moujich, hombre destinado por la Providencia á las revoluciones, pues si hubiera tenido un pueblo, como cualquiera de los fundadores de sociedades, y no esa helada estepa, donde caen como hojas yertas todas las ideas, con sólo ceñirse la camisa roja de los bateleros del Neva, el pantalón bombacho, la bota de montar, coger el hacha de leñador, y hablar cual hablaba en los concilios de la demagogía nihilista, hubiera podido derribar por tierra la vieja encina de su Imperio.

Pero ved ahí lo que principalmente falta en Rusia: un pueblo. Si lo hubiera, el drama, en vez de parecerse á los incidentes de un serrallo turco, se parecería en todo á los incidentes de una revolución europea. Carlyle ha escrito un libro muy original sobre el movimiento revolucionario, que cierra la última centuria y abre la nuestra,

sobre el movimiento revolucionario en Francia. Y encuentra un protagonista: el pueblo. Es verdad que los filósofos piensan; pero sin el pueblo, donde se encarnan y se hacen vida, los pensamientos quedarían como meras entelequias allá por el velo azul de las puras abstracciones. Verdad que los oradores hablan; pero sin el pueblo, sin el público, sin el auditorio, la palabra no podría encontrar el eco de las pasiones. Verdad que los héroes pelean y triunfan; pero con el auxilio de ese pueblo, que ofrece sus hijos á las legiones, su fe á las creencias, su sangre á las causas: que Mirabeau sin las muchedumbres se asemejaría por completo á un Dios sin mundos, y la Marsellesa fuera una armonía más ó menos feliz si no la recogen los ejércitos en sus labios, y no la cantan en coro al són de los cañones, y no aterran á los soldados de la tiranía, y no consagran victorias como las de Valmy sobre los reyes coligados de Europa, con sus épicas cadencias y sus arrebatadoras estrofas enrojecidas en revolucionarias ideas. ¿Dónde vais á encontrar un pueblo en Rusia? No en esos disidentes que juran vagar nómadas toda la vida por la estepa helada, ó que creen al Czar el Antecristo apocalíptico, ó que llegan, en su locura increíble, á mutilarse como Orígenes, aquejados todos de verdaderas enfermedades asiáticas, bien opuestas al sentimiento de

la política práctica y á la idea del derecho humano, que ha producido todas las revoluciones de Europa y América; no en esas tribus pastoras, restos de los tártaros caídos casi á un tiempo sobre Jerusalén y sobre Moscú en las irrupciones de los siglos medios; tribus cuya religión se parece á un budismo degenerado, que jamás enseñará los ideales de la moderna democracia; no en esos cosacos del Volga y del Don, acostumbrados á vivir, como los hunnos de Atila, á caballo, que ayer tenían bazares de esclavos y que hoy han perdido su antigua igualdad social en el seno de burocrática aristocracia, más idónea para entenderse con las razas de Oriente que con las razas de Occidente; no en la multitud de pueblos diversos, como andan errantes por aquellos despiadados desiertos, y que ora búlgaros, ora judíos, ora escandinavos, llamándose éstos menonitas, y aquéllos molokanos, provienen de la emigración, y odian igualmente la madrastra tierra cambiada por la madre patria; no en esos siervos, que si han visto fundirse la pesada cadena caída sobre su cuerpo, no han visto aún fundirse la cadena pegada fuertemente á sus conciencias y á sus almas. Todo eso, ni es, ni ha sido, ni puede ser materia ni elemento de revoluciones victoriosas, aunque sí de perpétuo desorden.

La verdad es que la revolución rusa tiene todo

el carácter de una revolución de palacio, pensada por profesores y por chambelanes, seguida por estudiantes y por empleados, puesta en práctica por ciegos y dóciles y sumisos instrumentos. Una mujer de clase acomodada, la célebre Vera, inicia los atentados y consigue inesperada absolución de tribunales reunidos con el sacro carácter de jurados, que deben atender tanto á su conciencia como á las leyes. Al atentado de Vera en Petersburgo contra el jefe de policía siguen otros en Kiev contra uno de los fiscales de la Audiencia; otro contra el rector de la Universidad, contra un oficial de la gendarmería, y resultan obra de los estudiantes. El general Mesentzef recibe una herida en plena calle, que le asestados jóvenes muy bien vestidos, los cuales, después de consumado su crimen, suben á un coche muy lujoso. El general Krapotkme muere á manos de un enmascarado que no ha podido ocultar tras su máscara el aire distinguido y las maneras aristocráticas. Kuvop, alto empleado de Odessa, apareció muerto en su lecho y llevando sobre la herida un cartel en correctísima ortografía, que sólo allí entre los rusos posee con perfección la gente de muy superior categoría. Y distinguidos eran también los asesinos que mataron al Gobernador de Arkangel, y distinguido el audaz que disparó cinco tiros sobre el Emperador, una ma-

ñana de invierno, á la puerta misma de su palacio. ¿No prueba todo esto que la revolución tiene sus sectarios en las altas clases, ó cuando más, en las clases medias?

Indudablemente, el crimen último no ha podido perpetrarse sino con la complicidad de la gente de palacio. No se introducen cinco quintales de dinamita en una cueva sin que álguien se entere. No se monta un monstruoso aparato de relojería sin que álguien lo oiga. Nada tan revelador como el crimen. La huella por todas partes aparece, y los que dejaron aquellas materias explosibles debían de tener una seguridad indudable, la seguridad de que nadie podría descubrirlos. La revolución está en las cimas sociales. Así, nadie extraña que el Canciller privado del Emperador haya aparecido muerto en su cama, víctima de un suicidio. Nadie extraña que el general Gurko, gobernador militar de la capital, haya mandado prender á varios palaciegos. Nadie que el primer guardian del Palacio de Invierno, el capitán Delsalle, sea también el primer complicado en esta causa. No hay otro remedio sino dar una constitución, para que las altas clases, hoy pervertidas por el espíritu nihilista, nacido de su servidumbre, aprendan los límites de sus derechos en las prácticas diarias de la política. El emperador Alejandro, que comenzó su reinado

dando libertad á los siervos, debe concluirlo dando libertad á los pueblos. El emperador Alejandro, que inició la reforma judicial y administrativa, debe coronar su obra con la reforma política. Nada hay tan incontrastable en el hombre, ni tan invencible, como la indómita aspiración á la libertad.

El emperador Alejandro ha pensado en abdicar, y nada conseguiría con tal expediente, porque la pugna política de ninguna suerte se halla establecida con su persona, sino con su sistema; de ninguna suerte con el Emperador, sino con el Imperio. Mucha, muy grande tristeza debe experimentar si recuerda los días felices de su juventud, en que acababa de manumitir á los siervos; y aunque veía en torno suyo algunos señores feudales disgustados, escuchaba en cambio las bendiciones de todo un pueblo, satisfecho de su reciente libertad, y embriagado de exaltadas y brillantísimas esperanzas. La aspiración ha crecido mucho, sobre todo en esas altas clases, donde las nuevas ideas prenden con mayor facilidad á causa de su educación, y no hay otro remedio sino ceder ó sucumbir. Las exageraciones represivas no bastan, no, contra males tan arraigados. Han convertido cada habitante de Petersburgo en espía ó esbirro de su convecino, y en las salas del Palacio de Invierno está ya la dinamita, cuyo

empuje destroza las techumbres y mata los soldados. Han trasformado al audaz vencedor de los Balkanes en una especie de segundo Czar; y el que tomó aquellas empinadas cimas de montes abruptos, no puede tomar estas sombras vagas, conspiradores juramentados. Han constituido una especie de comisión dotada de muchas facultades dictatoriales, y esa comisión tendrá la lentitud y la irresponsabilidad de los cuerpos colegiados, sin poder, no ya aventajar, sino sustituir la presteza y el acierto de Gurko en la defensa del Emperador y del Imperio. Han preso cinco mil personas en la capital solamente; han conducido á Siberia innumerables víctimas; han rehecho la horca, destrozada por antiguas tradiciones y prácticas; han puesto en olvido todas las garantías que el derecho moderno impone al procedimiento judicial; la dictadura de arriba ha crecido hasta tocar en el despotismo turco, y la servidumbre de abajo se ha agravado hasta desaparecer toda seguridad; pero la revolución permanece en sus amenazas, sin disminuirse ni debilitarse en lo más mínimo; porque nace de un sentimiento tan universal como la vida misma, y en las raíces de la vida ha arraigado del sentimiento de la libertad.

Inútilmente pide la administración moscovita, en sus apuros, auxilio á las administraciones de los pueblos extranjeros. La policía alemana le

advirtió que se tramaba la conjura del Palacio de Invierno, y de nada le sirviera tal advertencia. La policía francesa, en estos días, ha puesto su mano sobre el principal agente de la voladura del ferro-carril de Moscou, á quien persiguieron los esbirros rusos con tanto afán y no encontraron ni vivo ni muerto en ninguna parte. Más fácilmente se coge á un asesino del Czar en la capital de la República francesa que en la antigua santa ciudad moscovita, córte de los emperadores, cuartel de los ejércitos, santuario de la ortodoxia, nido de todas las reacciones. Y el Gobierno ruso ha pedido al Gobierno francés la extradición del reo. Y pidiendo la extradición del reo ha traído una nueva dificultad al seno de la República francesa. Enorme crimen, ciertamente, el crimen de Hartman, reo convicto y confeso de un atentado contra el Czar. Quien pierde la luz de la conciencia hasta atentar á la vida de sus semejantes merece el mayor de los castigos materiales y la mayor reprobación moral; y no puede esperar piedad, ni de la ley escrita, ni de la conciencia humana. Pero sobre esta consideración se encuentran principios de derecho internacional, á los cuales no puede faltarse en manera alguna, sin que las relaciones de los pueblos civilizados entre sí lleguen á perturbarse con profundas perturbaciones, y la federación moral,

formada por las nacionalidades del continente europeo, llegue á destruirse con estrépito y en daño general de todas. El atentado contra la vida del Czar es un delito enorme; pero es un delito político. Su móvil está en creencias más ó menos supersticiosas; su fin es el cambio más ó menos radical de una forma de gobierno. Y el deber de dar asilo á los criminales políticos se encuentra entre los deberes más rudimentarios de los pueblos cultos; deberes de que no puede prescindir, sin riesgo de suicidarse, el Gobierno de la República francesa. Si lo hubieran cogido en Rusia, le castigáran con menos consideración y con mayor presteza que á un reo común. Pues lo excepcional de su delito, que le hubiera perdido en la tierra patria, le salva en la tierra extranjera. Francia no puede entregar á Hartman, porque sería tanto como entregar su honor y su independencia.